



## Comentario de 4.1-37:

# UN SUEÑO ACOMPAÑADO DE UNA ADVERTENCIA

Los eventos del capítulo 4 continúan recalcando el tema de Daniel en el sentido de que Dios está al mando. Los versículos 17, 25 y 32 aseveran que «el Altísimo gobierna el reino de los hombres». El capítulo comienza y termina con un edicto del rey Nabucodonosor, en el cual este alaba a Dios, quedando en medio el sueño del rey, y la interpretación que le da Daniel, cuya construcción se parece a la de la relación con el sueño del capítulo 2.

### EL EDICTO DEL REY (4.1-3)

El edicto del rey honra de modo favorable a Dios:

Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación (vers.<sup>os</sup> 1-3).

Al relacionar los versículos 2 y 3 con los versículos 34 y 35, recibimos la impresión de que Nabucodonosor se «convirtió» al Dios de Daniel. La esencia de este edicto era paralela en acción al testimonio que dio el salmista en Salmos 51.13, 15, donde el penitente prometió que daría a conocer la bondad y la gloria de Dios. No hay manera de saber, por lo que dice este capítulo, si Nabucodonosor se arrepintió o no, de la idolatría, para servir al Dios viviente. Este edicto pudo haber sido la manera como él incluyó a Dios en su panteón de dioses. No obstante, no se cometería perjuicio al suponer que la buena influencia de Daniel y el cumplimiento de los sueños de Nabucodonosor (tal como Daniel profetizó) llevaron al rey a creer al pie de la letra las palabras que expresó en su decreto. Pudo haberse convertido en adorador del

Dios del cielo. En todo caso, el edicto de los versículos 1 al 3 fue escrito después del suceso que sigue, que se comienza a relatar en el versículo 4.

### EL SUEÑO DEL REY (4.4-18)

El versículo 4 insinúa que el rey había alcanzado la cumbre de su poder —después de destruir Jerusalén y conquistar Siria, Arabia, Fenicia y Egipto. Tal vez estaba considerando su propia grandeza (vers.<sup>os</sup> 29-30). Estaba dándose gusto en lujos, cuando tuvo otro sueño:

Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio. Vi un sueño que me espantó, y tendido en cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron. Por esto mandé que vinieran delante de mí todos los sabios de Babilonia, para que me mostrasen la interpretación del sueño. Y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les dije el sueño, pero no me pudieron mostrar su interpretación, hasta que entró delante de mí Daniel, cuyo nombre es Beltsasar, como el nombre de mi dios, y en quien mora el espíritu de los dioses santos. Conté delante de él el sueño, diciendo: Beltsasar, jefe de los magos, ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación (vers.<sup>os</sup> 4-9).

Cuando Nabucodonosor tuvo este sueño, él se alarmó y se llenó de temor (vers.<sup>o</sup> 5).

Dios, en su benevolencia, nos mantiene oculto el futuro a la mayoría de nosotros. No estamos capacitados para hacerle frente. Desde el punto de vista humano, Nabucodonosor era el hombre más poderoso que había sobre la faz de la tierra; sin embargo, se asustó cuando tuvo un vislumbre del futuro.

El rey había mejorado con el tiempo. En el capítulo 2 había exigido que los sabios le dieran a conocer el sueño en sí, so pena de muerte si no

lograban cumplir con esto; esta vez, en el versículo 6, se limitó a pedirles que interpretaran el sueño. Los mismos que le fallaron anteriormente, estaban a punto de fallarle nuevamente, «hasta que entró [...] Daniel» (vers.º 8). No sabemos por qué no se llamó a Daniel de inmediato. Es posible que anduviera en los negocios del rey en algún otro lugar, y que llegara tarde, después de recibir una citación especial de parte del rey. Tal vez el rey entendía el sueño más de lo que daba a conocer, lo cual, de ser así, explica por qué estaba alarmado. Puede que sospechara que el sueño anunciaba algo malo para él y, por lo tanto, demoró la búsqueda de una interpretación fiel. Esto no es de extrañar porque por lo general preferimos demorar las «malas noticias» cuantas veces sea posible.

Después de llamar a Daniel a su presencia, Nabucodonosor dijo que «el espíritu de los dioses santos» moraba en él (vers.º 8), a quien había dado el nombre de Beltsasar, que significaba «uno a quien Bel revela». Anteriormente, Daniel le había dado a entender con claridad al rey que era «el Dios del cielo», y no él, quien había revelado el sueño del rey. Ese tanto de la fe de Daniel quedaba en Nabucodonosor, por más mal que lo entendiera.

Nabucodonosor reveló después el sueño a Daniel:

Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama: Me parecía ver en medio de la tierra un árbol, cuya altura era grande. Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra. Su follaje era hermoso y su fruto abundante, y había en él alimento para todos. Debajo de él se ponían a la sombra las bestias del campo, y en sus ramas hacían morada las aves del cielo, y se mantenía de él toda carne.

Vi en las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama, que he aquí un vigilante y santo descendía del cielo. Y clamaba fuertemente y decía así: Derrivad el árbol, y cortad sus ramas, quitadle el follaje, y dispersad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas. Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce entre la hierba del campo; sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra. Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres. Yo el rey Nabucodonosor he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, dirás la interpretación de él, porque todos los sabios de mi reino no han

podido mostrarme su interpretación; mas tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos (vers.º 10–18).

En el relato que hace Nabucodonosor del sueño, la descripción pasó de ser solamente un «árbol» en el versículo 14, a ser «él» en los versículos 15 y 16 (NASB). Como ya se dijo, esto puede ser indicio de que Nabucodonosor sabía que el sueño tenía que ver con él. Le llenaba de temor la interpretación. En los versículos 20 al 27, Daniel confirmó que el árbol, de hecho, representaba a Nabucodonosor, y que la profecía era alarmante.

En el versículo 17, leemos: «La sentencia es por decreto de los vigilantes angélicos...» (NASB). En muchas versiones de la Biblia se añade la palabra «angélicos» en bastardillas en este versículo, indicando que se entiende que los vigilantes mencionados eran ángeles. En vista de que no se hace mención alguna de quiénes eran los vigilantes, no causa ningún perjuicio el referirse a estos sencillamente como ángeles. El significado básico de «ángel» es sencillamente «mensajero», y esto ciertamente describe a los vigilantes en este pasaje.

Este versículo no insinúa, sin embargo, que los vigilantes hicieran el edicto. La idea es que ellos estaban de acuerdo con el edicto, el cual, según se desprende del contexto del capítulo, provenía de Dios. Una especie de cuadro de esta misma conversación aparece en Isaías 6.8, donde el Señor preguntó: «¿A quién enviaré...?». Esta pregunta, que aparentemente es tan solo retórica, le fue planteada a los serafines para provocar la respuesta de Isaías.

Ya nos hemos referido a la verdad que se recalca en todos los tratos de Daniel con Nabucodonosor, y esta es que «el Altísimo gobierna el reino de los hombres». La última línea del versículo 17 es especialmente intrigante: «y constituye sobre él al más humilde de los hombres» (NASB; en otras versiones se lee «el más bajo de los hombres»). Dependiendo del entendimiento que uno tenga de las palabras, el versículo podría dar a entender que Dios da reinos aun al más humilde de los hombres (David, por ejemplo), o al peor de ellos (como Acab). «El gobierno es de parte de Dios» es la aseveración que hace Pablo en Romanos 13.1–7. Esta es una lección que todas las personas deben aprender, y de las cuales hay que estarles recordando constantemente. No hay hombre que llegue por sus propios esfuerzos a la posición que ostenta. Los que llegan a la cima, lo han logrado por la sabiduría, el propósito e incluso la gracia de Dios.

Sabemos que «Dios no hace acepción de perso-

nas» (Hechos 10.34). El ocupar un puesto de gobierno no hace a alguien justo o malo; cada persona determina esto por sí misma. Dios estableció reyes buenos para ayudar a la gente, y estableció reyes malos para castigarla. Cual sea la opinión que uno tenga de cualquier gobierno en particular, o de sus dirigentes, el que realmente confía en Dios acepta que Este ha intervenido en el nombramiento de gobernantes, y que tiene Sus propios propósitos en mente para la presencia de ellos.

Hay otro paralelo que se observa desde una perspectiva más espiritual. El ser «dirigente» de la iglesia no garantiza que haya justicia de parte del que lo sea, y tampoco garantiza el futuro de las personas que están siendo dirigidas. A menudo merecemos lo que recibimos. Si no mostramos interés en la selección de nuestros dirigentes, si no atinamos a reconocer las directrices de Dios en cuanto a las cualidades espirituales de estos, sufriremos entonces las consecuencias. Cuando hablamos de dirigencia espiritual, estamos considerando el más noble llamado sobre la tierra. Es extraño que tantos se consideren capaces de dirigir espiritualmente, cuando ellos mismos son incapaces o insuficientes para dirigir en otros aspectos de la vida. Esto es señal de que no le damos la importancia debida a la dirigencia del pueblo de Dios.

#### LA INTERPRETACIÓN DE DANIEL (4.19–27)

Cuando Daniel oyó el sueño de Nabucodonosor, «quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban» (vers.º 19). Daniel conocía la interpretación del sueño. El Espíritu de Dios estaba en efecto con él. Estaba considerando la severidad de la interpretación, así como las consecuencias del cumplimiento de esta, sobre el rey y el reino. Hay quienes opinan que estaba considerando la reacción del rey, pero esto parece menos probable. Daniel había cultivado, con los años, una buena relación con Nabucodonosor; el rey confiaba en él. El rey animó de inmediato a Daniel a revelar la interpretación, y a que no le «turbaran» las consecuencias. Daniel dijo: «Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren».

Daniel le reveló luego a Nabucodonosor que el árbol era, en efecto, el mismo rey. Le dijo: «tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra» (vers.º 22). Pasó después a revelar que Nabucodonosor perdería la razón y que sería depuesto temporalmente, y que —cuando hubiese

reconocido que «el Altísimo tiene el dominio»— él recuperaría su puesto en un reino que quedaría intacto para él. El mensaje que Nabucodonosor debía aprender le fue expresado claramente en el versículo 25:

... Te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que *el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere* (énfasis nuestro).

Los «siete tiempos» (vers.º 23), según el historiador judío Josefo, representan siete años. En vista de la descripción que se hace del cambio de apariencia que sufrió Nabucodonosor durante este tiempo de demencia (vea 4.28–33), los siete años parecen muy probables. Los cambios que ocurrieron no podrían haber sucedido en un período más corto, digamos, de siete meses, y con seguridad tampoco en uno de siete semanas.

Daniel después alentó a Nabucodonosor a arrepentirse (vea vers.º 27). «Tus pecados redime con justicia», le dijo. (Los pecados de idolatría, de orgullo y de mal genio del rey son evidentes tan solo por lo que dice el libro de Daniel.) Instó al rey a evitar la situación que se le mostró en el sueño, por medio de «[hacer] misericordias para con los oprimidos» (de los cuales muchos habían empobrecido a causa de las conquistas de Nabucodonosor). Daniel estaba sinceramente preocupado por el bienestar del rey. Hay una gran lección para nosotros aquí. ¿Nos preocupamos por los que nos han maltratado, los que, de hecho, son nuestros «enemigos», y a quienes creemos no deberles nada, excepto la «venganza»? El capítulo sobre el «amor» en 1<sup>era</sup> Corintios 13 es una buena explicación de lo que Daniel expresó aquí. Deseaba de corazón el bienestar del rey. Le rogó que se arrepintiera, reconociendo que tal respuesta podía atenuar la severidad de la situación que Dios le había revelado en el sueño.

#### LA DEMENCIA DEL REY (4.28–33)

Lamentablemente, si del todo escuchó el consejo de Daniel, el rey no lo tomó en serio. Exactamente un año después, cuando el rey se estaba alabando a sí mismo,<sup>1</sup> comenzó a cumplirse el sueño. El versículo 31 dice: «Aún estaba la palabra en la boca del rey...». Recordemos a otro rey, de quien se dice

<sup>1</sup> Note el uso tan prominente de la primera persona del singular en el versículo 30: «yo» una vez, y «mi» dos veces.

en Hechos 12.21–23 que, al darse gloria a sí mismo, fue herido y murió. Dios fue más misericordioso para con Nabucodonosor, en el hecho de que no murió. Esto es lo que leemos en Santiago: «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (4.6); «Humillaos delante del Señor, y él os exaltará» (4.10). Nabucodonosor se estaba alabando a sí mismo como uno que estaba por encima de los demás hombres, y fue puesto de inmediato por debajo de todos los hombres. Esto fue lo que aseveró J. D. Davies:

Este es el fin que el orgullo siempre persigue [...] hacer del hombre un dios para sí mismo. Sin embargo, ¿había una sola piedra en aquel enorme montón que hubiera sido creada por Nabucodonosor? ¿Se había dado origen a sí misma la mente que concibió la totalidad? [...] El orgullo es idolatría. El orgullo se convierte en ateísmo demente. No hay pecado que sea censurado con tanta frecuencia y libertad en la Escritura, que el pecado del orgullo. Por él perdieron los ángeles su elevado estado. En esta trampa cayó Adán. «Seréis como dioses» dijo el tentador [...] «Antes del quebrantamiento es la soberbia». Solo un paso separa a la altivez del infierno. La arrogancia insolente raya en la locura.<sup>2</sup>

Nabucodonosor perdió contacto con la realidad y la razón. El versículo 33 dice que el rey «fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves». Al vivir en estado silvestre, se hizo una criatura silvestre. Imagínese su apariencia. Aun aquí se demostró la gracia de Dios. A Nabucodonosor se le permitió adaptarse a su ambiente con el fin de que pudiera sobrevivir, y volver algún día a su trono.

Hay quienes opinan, en estos días, que la «fe» debería ser un «sentimiento» o una «sensación», en la medida que también es «razón» (lógica). La gente a menudo cree que la «religión» y la «razón» se contraponen. Por el contrario, la experiencia de Nabucodonosor durante este período de tiempo niega que la «razón» esté excluida de la «religión».

1) La «razón» es lo que le permite al hombre adorar, o «humillarse» delante de Dios. Puede que alguien trate de alegar que los elementos «naturales» del mundo «adoran» al hacer lo que Dios les definió que hicieran, pero que el hombre

no. Desde los tiempos del huerto, Dios razonó con Adán y Eva. Les dio instrucciones puntuales. Aparentemente, en su inocencia, Adán también razonó con Dios. En Romanos 12.1, Pablo habló acerca del «servicio espiritual», expresión que se traduce por «culto racional». La palabra del Nuevo Testamento Griego que se traduce sistemáticamente por «verbo» en nuestra Biblia (*logos*) es la misma de la cual obtenemos la palabra «lógica». Dios trata con nosotros como personas «lógicas», con las cuales Él puede «razonar».

2) La ausencia de «razón» da como resultado la demencia. Nabucodonosor es un ejemplo perfecto de esto, pero también las Escrituras y la historia de la humanidad en general afirman la tesis. Jesús dijo que el hijo pródigo «[volvió] en sí» (Lucas 15.17). Indicó que un hombre que está impregnado de pecado no está «razonando» correctamente. Esto describe la situación en que se encontraba Nabucodonosor antes de pasar siete años viviendo como una bestia.

3) Dios desea que le amemos con toda nuestra «mente» (Mateo 22.37). Nos dio la capacidad de pensar, y de razonar. Desea que usemos esta capacidad —no solamente en las ciencias, ni solamente en rigurosos estudios mentales entre los hombres, sino también en nuestro entendimiento de Su palabra y de Su voluntad. Pablo dio a conocer en 1<sup>era</sup> Corintios 2.9–10 que Dios nos reveló Sus pensamientos. No estaba hablando solamente de una «emoción», o de un «sentimiento», sino también acerca de lo que Dios *piensa*. Cuando Nabucodonosor perdió el uso de la razón, es probable que perdiera también sus emociones. Dejó de vivir y de actuar como un ser humano y llegó a ser como un animal silvestre. No fue sino por la gracia de Dios que la razón le fue restituida. ¿Podemos estar seguros de que si perdemos la «razón» en lo concerniente a la «religión», que Dios nos restaurará después que la insensatez de nuestra decisión haya sufrido las consecuencias?

### LA RESTAURACIÓN DEL REY (4.34–37)

Después del relato acerca de los años que Nabucodonosor vivió como bestia, el texto retoma el edicto del rey:

Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no

<sup>2</sup> J. D. Davies, en J. E. H. Thomson y W. F. Adeney, *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 13, *Daniel, Hosea & Joel (Daniel, Oseas y Joel)*, ed. H. D. M. Spence and Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 160.

hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia (vers.<sup>os</sup> 34–37).

En Ezequiel 29.17 se insinúa que veinte años después que Jerusalén fue tomada, Nabucodonosor por fin conquistó Egipto. Es probable que la demencia del rey ocurriera antes o después de esta conquista. Por lo menos podemos decir con seguridad que su período de demencia tuvo lugar cuando ya habían transcurrido varios años de su reinado.

A estas alturas, Nabucodonosor era un rey mayor de edad, con más experiencia y más sabio. Reconocía la verdad en el sentido de que Dios gobierna y que Él humilla a los que andan con orgullo. El rey había aprendido la lección.

El tema que predomina en toda la profecía de Daniel es el gobierno de Dios sobre los reinos —de hecho, sobre todos los asuntos de los hombres. Esta certeza era importante para los principales oyentes (o lectores) de Daniel, que era el pueblo de Dios, Su reino, pero que habían sido derrotados, desposeídos y esclavizados. Daniel dio un mensaje de consolación y de esperanza para ellos: Dios todavía gobernaba los asuntos de los hombres. La misma certeza tenemos nosotros hoy día.

David Rehtin

## SOBERANOS DE LOS IMPERIOS BABILÓNICO Y PERSA (606-333 A. C.)

### *Inicio del reinado*

### *Soberano*

606-605 a. C.*	Nabucodonosor
561 a. C.	Evil-merodac (Amil-Marduc, Awel Marduc)
559 a. C.	Neriglisar (Nergal-sarezer)
555 a. C.	Laborosoarcod (Labassi-Marduc)
555 a. C.	Nabónido (Nabu-náid, Nabonedus)
539 a. C.	<i>Ciro conquista Babilonia</i>
529 a. C.	Cambises
522 a. C.	Darío I (el Grande)
485 a. C.	Jerjes
333 a. C.	<i>El Imperio Persa es derrocado por Alejandro Magno</i>

\* Las fechas varían, porque es imposible fechar con exactitud muchos eventos de la antigüedad.